

El Maestro Martín Quirarte: una personalidad conmovedoramente humana*

*The Master Martín Quirarte:
a touchingly human personality*

Arturo Delgado González

Síntesis curricular

Profesor de Carrera Titular “C” de Tiempo Completo Definitivo, fundador del CCH Oriente, autor del libro *Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano*, coautor de las antologías *De Espartaco al Che* y *de Nerón a Nixon*, *De la prehistoria a la historia*, *Del Árbol de la Noche Triste al Cerro de las Campanas*, *De Cuauhtémoc a Juárez* y *de Cortés a Maximiliano*. Integrante del Seminario Interplanteles de Apoyo a la materia Historia Universal Moderna y Contemporánea.

* *Cartas desde el Mundo. Homenaje al maestro Martín Quirarte en su XC aniversario*, México, INHERM, 2014.

Para el que esto escribe, un maestro es quien inspira vocaciones y valores éticos, quien estimula inquietudes y señala rumbos, quien acompaña y deja una huella imborrable en la formación de sus alumnos. Ello es lo que representa la figura de mi mentor, don Martín Quirarte.

Durante mi estancia como estudiante de la licenciatura en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Casa Grande, la Universidad Nacional Autónoma de México, se plasma perdurable el inicio de 1968, año parteaguas en la historia política y cultural del México contemporáneo. En ese momento, me encuentro como alumno del maestro Quirarte en la asignatura “La Reforma, la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano”. Su gran estatura física, intelectual y moral, que pude percibir desde el primer instante, la fuerte convicción laica de su pensamiento, el timbre sonoro, modulado y vehemente de su voz, así como su mirada penetrante, causaron en mí una profunda e inmediata impresión. Así surgiría una fuente nutricia en mi formación profesional, envuelta de una amistad generosa sin reservas que el maestro espontáneamente brindaba y el fiel recuerdo de esa personalidad conmovedoramente humana que él irradiaba.

Después del desenlace trágico y doloroso del movimiento estudiantil del 68, en el cual tuve el privilegio de participar como integrante de la brigada Benito Juárez, culminé a principios del

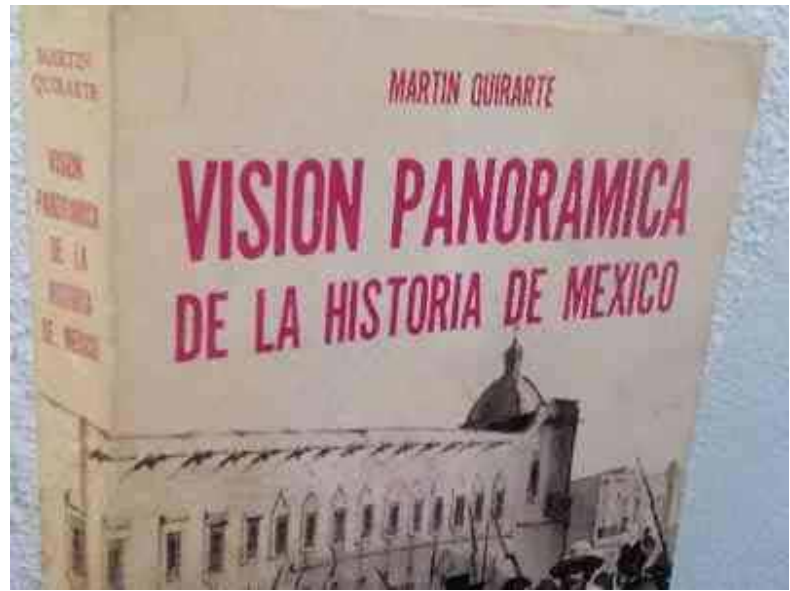
69 un segundo curso en la misma asignatura que impartía el maestro Quirarte. Durante éste continuamos con la lectura y el análisis del portentoso trabajo de interpretación histórica de don Justo Sierra: *Juárez su obra y su tiempo*, que nos permitió a los asistentes tener una visión de conjunto del contexto político de nuestro agitado siglo XIX en el que se fijaron las bases del moderno Estado nacional, ello gracias al esfuerzo titánico de la brillante generación de los hombres de la Reforma, encabezada por la clarividencia y el temple liberales de don Benito Juárez.

Cada sesión con el maestro Quirarte tenía como dinámica la participación y preguntas de los alumnos que él escuchaba atentamente, seguidas de sus disertaciones claras y ecuanímes, aderezadas de interesantes anécdotas sobre pensadores, escritores y políticos destacados. Cabe mencionar que en esos cursos me adentré en la lectura de los libros de su autoría: *Visión panorámica de la historia de México* y *El problema religioso en México*, ejemplos de síntesis integral de gran alcance, ponderación intelectual y pulcra confección escrita. A la vez, y con la motivación despierta, me acerqué a los especializados estudios que el maestro dedicó a José María Iglesias, Francisco de Paula de Arrangoiz, Francisco Bulnes y Carlos Pereyra. Poco después conoceríamos su obra *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, valioso modelo de investigación y análisis historiográfico de una época, cuyo

triunfo republicano fue definitorio en la forja de la acción mexicana.

En la segunda mitad del año 69 me hallaba inscrito en otra de las cátedras que impartía el maestro Quirarte, “Comentarios de Textos”, materia de la que tomé otro curso al empezar 1970. Ello respondía a la necesidad de proseguir la línea de interés formativa que el maestro me había sensibilizado y al parecer de asistir a una clase cuyo ambiente me resultaba familiar. En ese contexto conocemos y comentamos su extraordinario ensayo que acababa de publicarse: *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*. Por cierto, aún conservo con mucho afecto las boletas de calificaciones de cada curso que llevé con el maestro, estampadas con su letra manuscrita de buen tamaño y su predilecto color violeta de la tinta de su pluma fuente que utilizaba. Fue precisamente en “Comentarios de Textos” donde se da un nuevo salto en mi formación: Al examinar los ensayos reunidos por Martín Luis Guzmán bajo el título de *La Querrela de México. A orillas del Hudson*, escritos en edad temprana por quien sería una de las plumas más relevantes de las letras mexicanas de la época posrevolucionaria, descubrí el tema que sería mi tesis de licenciatura: *Martín Luis Guzmán y su sentido de la mexicanidad*.

La cafetería que existía en la Biblioteca Central fue el lugar donde el maestro Quirarte afablemente me invitó para exponer mi proyecto. Luego de escucharme, afirmó complaciente: “Delga-



do, puede realizarse una tesis decorosa”. A partir de ese momento transcurrieron casi cuatro años en los que, de manera periódica, recibí del maestro enriquecedoras lecciones culturales, teniendo como sede su casa ubicada en la calle de Zacatecas 142-A de la Colonia Roma, donde recibí una fina y amable atención de su esposa doña Luz y de sus hijos Nacho, Vicente (en su transición de joven preparatoriano a alumno de la Facultad de Filosofía y Letras), Javier, Gloria y Susana. El ámbito de trabajo era su biblioteca, colmada de libros en disposición muy ordenada y bellamente encuadernados.

Las sesiones se convirtieron en una especie de seminario personalizado, en el que pude escuchar del maestro certeras y equilibradas reflexiones acerca de la obra de agudos pensadores como José Vasconcelos o de historiadores y escritores de la talla de José C. Valadés, e incluso tener el disfrute de oírlo pronunciar, en una hermosa entonación del

Su espíritu noble y generoso, cualidades innatas al ser humano del maestro Quirarte, se manifestaba a través de admirables actitudes: compartir su tiempo con los tesisas a los que asesoraba

idioma francés, fragmentos literarios de distintos autores. Pero también en varias de esas sesiones fui receptivo a sus preocupaciones y angustias con respecto a temas y trabajos pendientes, a su lucha constante por la forma literaria, elegante y precisa, o bien, a la intranquilidad de su conciencia por el apremio que antecede a una nueva publicación, como fue el caso de otro de sus importantes estudios que tanto apasionaron: *Relaciones entre Juárez y el Congreso*.

Su espíritu noble y generoso, cualidades innatas al ser humano del maestro Quirarte, se manifestaba a través de admirables actitudes: compartir su tiempo con los tesisas a los que asesoraba, como a una distinguida persona a quien tuve el gusto de saludar por vez primera, la doctora Patricia Galeana; facilitar libros de su biblioteca; obsesuar de los que tenía varios ejemplares; atender inquietudes académicas y darles respetuosamente cauce; confiar y transmitir sus desvelos intelectuales a quienes consideraba cercanos; tender su mano bondadosa sin ninguna cortapisa; ver con simpatía y alentar el trabajo profesional de sus alumnos. Desde que me incorporé como profesor fundador del

Plantel Oriente del Colegio de Ciencias y Humanidades, en abril de 1972, donde nuestra primera coordinadora del Área Histórico-Social fue la doctora Gloria Villegas, la imagen ejemplar del maestro Quirarte ha sido una guía imprescindible de mi quehacer docente.

En mayo de 1980, a dos meses exactos de la ausencia física de nuestro entrañable maestro, tuve el honor de participar en el ciclo de conferencias “Escritores mexicanos del siglo xx”, organizado por el Departamento de Humanidades de la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM. Me correspondió referirme a la asombrosa actividad creadora de José C. Valadés, “hombre de acción y de pensamiento”, según decía el maestro Quirarte, quien le profesaba una inmensa admiración y lo consideraba una de las voces más autorizadas de la historiografía mexicana. Las enseñanzas del maestro fueron como un haz luminoso que me permitió abordar el honroso compromiso.

Concluyo este breve y sincero testimonio de gratitud inextinguible parafraseando a Martín Luis Guzmán al valorar la trascendencia de la vida y obra de don Justo Sierra: “Quien quiera conocer a [don Martín Quirarte] [...] habrá que ir juntando hoja por hoja y tallo por tallo en el huerto de su vida fecunda”. Pienso que tan noble tarea la ha cumplido con creces el doctor Vicente Quirarte en su libro magistral *La invencible*, su “testamento literario”, como él mismo lo ha expresado.